

cido al que contemplaba Bossuet, no lo logró el lamentado Arzobispo; pero la Providencia lo reservaba á vos, señor Vicario Capitular. Quiera el cielo que los nuevos jefes, que pronto serán armados por el Jerarca Supremo de la Iglesia, puedan formar cada uno cuerpos de ejército valientes y aguerridos, que en unión íntima con vos y con el sucesor de San Pedro, marchen sin temor á las espirituales batallas.

El Sagrado Corazón de México, que fué el primero en saber la fausta noticia, es también el primero en felicitaros por haber sido llamado á ser el Pastor de esta importante grey, en cuyo gobierno mostraréis de seguro la misma varonil entereza con que inaugurasteis vuestras funciones, insepulto aún el cadáver de vuestro venerable predecesor. Yo os recomiendo ésta, que por bondad suya y por los antiguos vínculos que con ella me ligan, puedo llamar mi familia, y á quien á nombre vuestro prometo la misma benevolencia, el mismo afecto, la misma protección que le prodigó el Ilustrísimo Sr. Labastida.



SERMÓN

PREDICADO EN JACONA, CERCA DE ZAMORA, DESPUÉS DE LA
CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE LA ESPERANZA,
EL 14 DE FEBRERO DE 1886.



Posuisti in capite ejus coronam de lapide pretioso.

Le pusiste sobre la cabeza una corona de piedras preciosas.

Ps, XX, 4.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:¹



AY recuerdos de la infancia que nunca se borran. Ni yo ni vosotros olvidaremos jamás aquellas misiones que en las calles y plazas daban los ínclitos miembros del orden seráfico, enviados por el egregio varón que era entonces, ILLMO SR. ARZOBISPO, vuestro Prelado y el mío, para preparar á su pueblo á la peste que por los años de 1850 amenazaba invadir esta porción del territorio mexicano. Ni yo ni la mayor parte de los presentes han olvidado de cierto la solemne procesión con que en las ciudades principales termi-

¹ Los Illmos. Sres. Arzobispo de México y Obispo titular de Augustópolis.

naban sus apostólicas tareas, y en que, además de las benditas imágenes, se sacaba algún cuadro alegórico, formado por vivientes estatuas infantiles. Quedó grabado en mi imaginación uno, sobre todo, en cuyo fondo aparecía la imagen de la Virgen Santísima, bajo la advocación de Refugio de Pecadores. Á su lado, sosteniendo una hermosa diadema, y en actitud de coronar á la Reina de los cielos retratada en el lienzo, se presentaba ufanamente erguido devoto niño con traje cardenalicio, que atraía todas las miradas. “¿Á quién representa? ¿Qué hace? ¿Qué significa esa corona? ¿Qué ceremonia es esta?” He aquí las preguntas que todos hacíamos, y á que más ó menos satisfactoriamente contestaban nuestros mayores.

Un cuarto de siglo más tarde, el tierno espectador piadosamente curioso había alcanzado la edad varonil, y presenciaba en Francia una ceremonia como la que había contemplado en las calles de su ciudad natal; pero esta vez era real y no figurada: era la imagen milagrosa de Nuestra Señora de Lourdes, cuya frente coronaba con augustos ritos el Legado del Sumo Pontífice Pío IX. Entonces también el pueblo cristiano repitió las preguntas: ¿Qué significa esta corona? ¿En nombre de quién se coloca sobre la imagen venerada? ¿Por qué tan imponentes solemnidades?

Diez años más han transcurrido, y convidado por venerables y amados amigos á asistir á la coronación de la sagrada imagen de la Virgen de la Esperanza, sin vacilar acepté el convite, y he volado á este lugar, que conocía ya cual si lo hubiera visitado, por las relaciones de quien fué su bienhechor y párroco, y que me era ya

simpático y querido, aun antes que mis pies hollaran sus fértiles glebas. Lleno de indecible placer he visto al insigne Arzobispo de la Capital de nuestra República, obrando en nombre y como delegado del Sumo Pontífice León XIII, colocar sobre la frente de vuestra adorada Reina la corona de oro y piedras preciosas que le forjó vuestra devoción y piedad, y he oído aquí y allí las mismas preguntas que hace treinta y cinco años, y hace diez resonaron en derredor mío, ó profirieron mis propios labios. ¿Qué significa esta corona? ¿Por qué no en su nombre, sino en el del Supremo Jerarca, la ha impuesto el Metropolitano de México? ¿Cuál es la significación, cuál el motivo de los insólitos ritos que acabamos de presenciar?

Me propongo satisfacer, en cuanto mi insuficiencia permita, vuestra legítima curiosidad. Os diré algo, ante todo, acerca de las coronas en general; pasaré luego á hablaros de la coronación de las sagradas imágenes que acostumbra hacer la Santa Iglesia; por ultimo, os dirigiré breves palabras sobre la presente festividad.

¡Quiera la Virgen á cuya diadema celeste hoy añadimos una nueva joya, al imponer á su imagen áurea corona, interceder por nosotros é inspirar mi breve discurso!

AVE MARÍA.

I

La corona, sobre todo en países republicanos donde estamos poco acostumbrados á verla, se considera en lo general, y casi exclusivamente, emblema de regia dignidad. No fué este, sin embargo, su origen, ni es tampoco su única significación. Conviene casi todos los autores en afirmar que al principio era un ornamento sacerdotal. Algunos van aún más lejos, y aseguran que era la señal distintiva de los dioses paganos, y que sacerdotes y reyes solo la adoptaron para parecerse más á la divinidad, cuyos representantes eran ó se creían.

Guirnalda de laurel ceñían los Emperadores romanos, y sólo después de su muerte, cuando la apoteosis los había colocado entre las deidades, se circundaban sus efigies con la corona formada de rayos. Nerón, que en su impía locura se hacía adorar como el dios Apolo, se apropió aun en vida esta corona, que siguieron usando sus sucesores. Constantino, convertido al cristianismo, la trocó por rica diadema ornada de piedras preciosas.

De algunos pasajes de Eusebio de Cesarea inferimos que hubo un tiempo en que los Obispos usaban coronas. El único que la ha conservado es el Pastor de los Pastores, el Obispo de Roma, el Supremo Jerarca, y os es á todos familiar la forma de la tiara Pontificia. La adornan tres ricas coronas que significan el sumo sacer-

docio, la potestad imperial y la dignidad regia, *sacerdotium, imperium et regnum*, de que está revestido el Vicario de Jesucristo en la tierra.

La historia nos habla de la corona imperial de Justiniano, que fué el primero que sobre ella mandó esculpir la cruz sagrada, y el primero también que quiso que el Sumo Pontífice San Juan la colocase solemnemente sobre sus sienes en Constantinopla. Se deleita el ánimo al considerar al cristiano rey de Francia Carlo Magno, venir á la Basílica Vaticana á recibir la imperial diadema de las manos de San León III, agradecido á los beneficios que el piadoso Príncipe hiciera á la Santa Iglesia Romana, abandonada ya por completo de los Emperadores de Oriente. Espléndida fué la doble coronación de Carlos V, como Rey y como Emperador. En la ciudad de Bolonia, convertida *ad hoc* en otra Roma, el Sumo Pontífice Clemente VII, poco antes su cautivo, puso primero la corona llamada de hierro, porque la adorna un clavo de los que sujetaron á la Cruz á Nuestro Salvador, y dos días después la corona imperial, en la frente del que antes fuera su vencedor, y que ahora al salir de la Basílica, tenía el estribo al Sumo Sacerdote y llevaba por el diestro su cabalgadura.

Este siglo, testigo de tantas catástrofes, debía presenciar una coronación por sus circunstancias única en la historia. Un joven soldado trueca de repente su yelmo en diadema, más brillante en esos momentos que otra alguna del mundo. Juzgan no pocos que su propia espada, más bien que la mano del Pontífice, deberá consagrar un imperio nacido de la revolución. No así el novel Emperador. Hace caminar desde Roma hasta Pa-

rís al anciano Pontífice Pío VII, y con pompa y solemnidad tanto más augusta, cuanto que por tantos años había estado Francia sin sacerdocio y sin altar, sin trono y sin orden, es ungido solemnemente en la Catedral de Nuestra Señora. ¿Pero qué haces, oh Napoleón? ¿Por qué en los momentos en que va á coronarte, arrebatas al Soberano Pontífice la diadema que se apresta á ceñirte y la colocas tú mismo sobre tus sienes. . . . ? ¡Desdichado! No pasarán muchos años sin que esa corona caiga de tu frente hecha pedazos y convertida en ludibrio de los que ahora te aclaman.

En nuestros días hemos visto al protestante Rey de Prusia, hoy Emperador de los Alemanes, tomar del altar con sus propias manos la corona y colocarla sobre sus propias sienes, para indicar (como expresamente proclamó) que de Dios directamente la recibía. Hemos visto también al católico Emperador de Austria ceñirse la antigua diadema del glorioso San Esteban de Hungría, con los ritos que prescribe la Iglesia y con las hermosas ceremonias consagradas por la tradición local. Hemos presenciado, por último, la imponente coronación del cismático Czar de todas las Rusias, en la ciudad para él santa de Moscow, y fresco aún el ensangrentado cadáver de su padre.

Gloriosas como son estas diademas, hubo otras todavía más codiciadas, aunque ninguna potestad conferían. Parece que aun aquellos que, por herencia ó conquista, habían recibido la dignidad regia ó imperial, las estimaban tanto por lo menos como las que eran emblema de su poder y autoridad.

Vemos ciertamente en algunas efigies que nos han

quedado de César Augusto, á más de la corona imperial, otra de hojas de encina y la lisonjera inscripción *OB CIVES SERVATOS*. Es la corona llamada *cívica*, y conferida como premio en la antigua Roma al soldado que salvaba la vida siquiera á un ciudadano. El Senado la concedió á aquel monarca en recompensa de la paz que dió al mundo en su largo reinado; paz ordenada admirablemente por la Providencia, para que se verificaran los grandes misterios predichos por los Profetas y anunciados por los Patriarcas.

También sobre tu frente veo lucir la *quercus cívica*, rey de los oradores, elocuentísimo Cicerón. ¿Á quién no son familiares tus vigorosas invectivas contra el audaz conspirador Catilina? ¿Quién no se ha estremecido al escuchar tus vehementes apóstrofes al impudente foragido? No la espada, que eras tan poco diestro en manejar, sino esa lengua de oro que el grande Agustino habría dado tesoros por oír, salvó la vida á la amenazada Roma; y á tí también, como á los Emperadores Augusto y Claudio, fué concedida la ambicionada corona cívica, por haber preservado de inminente ruina á tus amenazados conciudadanos, *ob cives servatos*.

Terribles son las angustias de una ciudad sitiada. No hemos disfrutado aún tanto tiempo de paz que hayamos olvidado lo que se sufre en el recinto de los cercados muros. El fuego del enemigo y la muerte que arrojan sus incesantes proyectiles, son todavía suaves en comparación del tormento del hambre, y de la muerte sin gloria que ocasionan las enfermedades y la inedia. Y esto es soportable al lado de las torturas morales, de la horrorosa incertidumbre que en las largas noches

de delirio y de insomnio aflige al soldado atacado por la fiebre, á la madre cuyo hijo está sobre los muros, á la esposa cuyo esposo está cubriendo con su cuerpo la abierta brecha. Sólo quien ha pasado tales angustias puede comprender el gozo inefable de la muchedumbre al ver que se rompe por fin el largo cerco, y el agradecimiento del soldado y del ciudadano al valiente y afortunado general que los libra de tan amarga prisión, y convierte al enemigo de sitiador en sitiado, de verdugo en víctima, de atormentador en vencido. Los antiguos romanos coronaban al valeroso caudillo que tal hazaña consumaba, con la corona llamada *obsidional* ó *graminea obsidionalis*, tejida de silvestres flores y juncos y grama, cortados del lugar en que se había acorralado á los fugitivos sitiadores.

Corona de oro figurando proas de navíos y adornada de emblemas marítimos, ceñía la frente del héroe que primero abordaba la nave enemiga. Corona parecida, pero más rica y refulgente, premiaba al almirante que destruía la flota contraria. Era la *corona navalis* ó *rostrata*.

Corona mural, cuyos florones figuraban torres y castillos, se confería al primer soldado que escalaba la muralla de una ciudad sitiada. Con la corona castrense, figurando trincheras en su círculo de oro, se recompensaba al que antes que sus conmlitones penetraba en el campamento enemigo.

Corona triunfal adornó las sienes de Julio César, subiéndolo al Capitolio á la cabeza de nunca vista procesión, después de las muchas y brillantes victorias de sus gloriosas armas. Cuando Roma cristiana decretó un *trium-*

fo á Marco Antonio Colonna, vencedor en Lepanto juntamente con Don Juan de Austria, no se coronaron las sienes del católico adalid. Él en cambio ofreció á *Cristo vencedor* una columna, emblema de su propio nombre y de su casa, con una corona de metales preciosos que semejaba á la corona naval ó *rostrata* de los antiguos.

Guardad en vuestra memoria, piadosos oyentes, cuanto os he dicho acerca de las antiguas coronas. No es simplemente vana erudición. Como veréis dentro de breves instantes, servirá en gran manera para que estiméis como es debido esa corona de piedras preciosas que la autoridad del Romano Pontífice por un lado, y vuestra piedad y agradecimiento por otro, han colocado hoy sobre las sienes de la Virgen de la Esperanza; *posuisti in capite eius coronam de lapide pretioso*.

II

Habéis visto que las coronas se conferían aun por inferiores á los personajes más ilustres y poderosos, y que se daban muchas veces en señal de reconocimiento y admiración. ¿Qué mucho que el pueblo, no contento con ponerlas en las sienes de generales y de reyes, de almirantes y emperadores, quisiera depositar estas prendas de veneración y de gratitud á los piés de la misma Divinidad? Ofuscadas las primitivas tradiciones en la mayor parte de los pueblos de la tierra, acostumbraron los gentiles ponerlas en las cabezas y en los altares de los que en su ceguera reputaban por dioses. Iluminadas las naciones por el cristianismo, desde los primeros siglos de la Iglesia se empezó á adornar con ricas coronas las imágenes de la Virgen y de Jesús, de los santos y santas á cuya intercesión y patrocinio debían las ciudades y los territorios algún favor especial. Largo sería trazaros la historia, no digo de todas las coronaciones, pero aun de las más insignes. Básteme entresacar de los anales eclesiásticos tres de las más notables y que más os puedan edificar.

Hay en Roma un lugar, que según Tito Livio, se llamó los *prados flaminius*, en cuyo centro se elevó en otro

tiempo un templo consagrado á Apolo, que hizo que todo aquel barrio se denominase Apolinar. El Sumo Pontífice Adriano I, queriendo con el santuario de un mártir de Cristo de idéntico nombre borrar la memoria de la falsa divinidad, construyó allí una Iglesia en honor del Obispo de Ravena, San Apolinar, que aun hoy día se eleva majestuosa y varias veces restaurada. Bajo su pórtico, en el siglo XV, hizo devoto Cardenal pintar hermosa imagen de la Virgen Santísima que, con el niño en brazos y San Pedro y San Pablo á los lados, se ofrece todavía á la veneración de los fieles. Pero ¡ay! pocos años después que la trazara el hábil pintor, las indisciplinadas fuerzas del Rey Carlos VIII de Francia, al pasar á la conquista de Nápoles, improvisaron en cuartel aquel sagrado pórtico. Para librar la santa imagen de las irreverencias de la soldadesca, fué preciso cubrirla con cal, y así permaneció casi dos siglos, al grado que hasta la memoria perdióse de su existencia.

Era el 13 de Febrero de 1647; reinaba Inocencio X, y á lo que parece el pueblo del barrio de San Apolinar había degenerado de las piadosas costumbres de sus mayores. He aquí que de repente se obscurece el cielo y se desata una tempestad horrible de truenos y rayos, que empieza por destruir á uno de los más escandalosos de aquella región, y amenaza consumir á todos los habitantes. En tan grave conflicto acógense aquellos creyentes á la protección de la Virgen sacrosanta, y guardados bajo el pórtico de San Apolinar, alzan las manos al cielo implorando la divina misericordia. Espontáneamente se desprende la cal que por dos centurias había cubierto la imagen; y al mostrar María Santísima